

EL ESPEJO DE TINTA •

CARLOS GARCIA VALVERDE
(León, 1958)



Su vida profesional ha transcurrido entre el mundo financiero, el literario y el del diseño gráfico. A finales de los 80 comenzó a recoger los frutos de su afición literaria en forma de premios hasta completar, hasta la fecha, una cincuentena de galardones, siempre dentro de la modalidad de cuento o relato corto. En 2008 vio la luz un compendio de relatos agrupados bajo el título *La hierba bajo la nieve* al que siguieron con la misma estructura, *Retratos inmorales* (2014) y *Cuentos de Semana Santa* (2017)

III

Cornales se hallaba a menos de una legua de La Chepa. Estaba formado por un heterogéneo conglomerado de casas, generalmente de cantos rodados, separadas por unas pocas calles que venían a confluir en la plaza donde se levantaba la iglesia, de estilo románico con triple ábside y bóveda de crucería; una auténtica joya que guardaba en su interior, como elemento máspreciado, una imagen igualmente románica de Jesús entrando en Nazareth a lomos de un borriquillo tan diminuto que parecía querer sucumbir a cada momento bajo el peso de su divino jinete. Los expertos en arte justificaban tal desproporción suponiendo el deseo del artista anónimo de resaltar lo más posible la figura del Mesías, pero lo cierto es que la talla de Jesús, con los pies arrastrando por el suelo, resultaba un punto ridícula. El escultor había dispuesto la mano derecha del Redentor en trance de impartir gracia, con los dedos índice y corazón levantados, pero dado que el primero de ellos hacía mucho tiempo que había sido mutilado, tal parecía que Jesús, con aquel enhiesto dedo medio, en lugar de bendecir a los feligreses, les estaba mandando a tomar vientos. No obstante, la imagen era muy querida por los cornaleses, e incluso se le atribuían, en toda la comarca, virtudes sanadoras, dispensadas por el procedimiento de pasarse la palma que portaba el Salvador en su mano izquierda por aquella parte del cuerpo cuya curación se pretendía, de manera que, el día de la fiesta patronal, el que le dolía la cabeza se frotaba la palma por el occipucio y aquél que padecía de próstata se la pasaba mismamente por la entrepierna. Un día de esos, estando en la cola para aplicarse el milagroso ramo, a Cecilio, carpintero y alcalde pedáneo de La Chepa, se le ocurrió que sería bueno tener una tradición semejante en la aldea de su regencia, pero enseguida cayó en la cuenta de que ni siquiera tenían imágenes en la humilde parroquia chepense. Aquel rudimentario altar, únicamente delatada tal condición por la cruz de tiza, estaba pidiendo a gritos una imagen de San Federico. En la fila, delante de él, Ceferino el estanquero, aquejado de hemorroides, se estaba frotando con fruición la palma por salva sea la parte, así que Cecilio, cuyo mal a la sazón era dolor de muelas, decidió prescindir del santo remedio y abandonó el templo.

Al día siguiente, muy temprano, aparejó a su borrico y se acercó de nuevo a Cornales.

Una vez allí, encomendó el cuidado del jumento a unos parientes y tomó el autobús hacia la capital. Varias horas después se hallaba en la calle Mayor, ante la fachada de un establecimiento donde podía leerse "Casa Santos. Vestimenta y efectos litúrgicos".

El milagro de San Federico (III)



ÁNGEL MALLÉN VÁZQUEZ. Nacido en Zaragoza, es miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT), en cuyas actividades participa de manera activa. Ha ganado diversos premios fotográficos, entre ellos el I Torneo Fotográfico 'Teruel Ciudad del Amor' en el año 2014.

Desde luego, el nombre del comercio era revelador. En su escaparate, casullas, amitos, cálices y sotanas compartían espacio con las más diversas efigies de santos y querubines. El interior estaba asimismo atiborrado de estatuas sacras y maniqués vestidos de obispo. Cecilio se abrió paso como pudo entre tanta santidad hasta alcanzar el mostrador del fondo del local. Percatándose de su presencia, un hombre menudo y calvo, con gafas redondas, levantó la vista de la hoja parroquial que estaba leyendo.

-Buenos días- saludó el alcalde, reprimiendo su primera y espontánea intención de soltar un "Ave María Purísima".

-Buenas. ¿Qué se le ofrece? - preguntó solícitamente el calvo.

-Quería una estatua de San Federico. No hace falta que sea muy grande... Así, como de este tamaño -dijo Cecilio, abriendo las manos unos cuantos palmos.

-Federico... Federico... -Murmuró el dependiente, rascándose el cráneo y quitándole campechanamente el "san" al mártir; se veía que, por su oficio, tenía confianza con las santidades-. Pues no creo que tenga Federicos. De hecho, nunca he visto un Federico. ¿No prefiere un Antonio, un Isidro... o alguna Virgen?

Al pedáneo le pareció chocante que, en medio del fervor patriótico del momento, a nadie se

le hubiera ocurrido promocionar al santo que patrocinaba el día del glorioso alzamiento. No obstante, replicó.

-Es que tiene que ser un San Federico, porque es para una parroquia que lleva ese nombre. En fin... ya veremos cómo nos apañamos. ¿No lo tiene, aunque sea en un cuadro?

-No... no. Ya le digo que nunca me han pedido ese santo. ¿Qué tal una Teresa, o un Cristóbal, o...?

-Que no, que no, que ha de ser un Federico -atajó Cecilio, tomándose también la libertad de apearse al santo de su tratamiento formal.

-Escuche -dijo el comerciante,

bajando la voz y mirando a uno y otro lado, como si temiera que las figuras o los maniqués pudieran entrometerse en su conversación -, no tengo Federicos, pero podría conseguirle uno. Espere aquí un momento.

Desapareció tras una cortinita que tenía detrás de él y emergió al poco con un grueso santoral en las manos. Depositándolo sobre el mostrador, comenzó a buscar con manos expertas.

-Federico... Federico... ¡Ah, sí! Aquí está: "San Federico, mártir, nació... tal, tal... fue obispo de Utrech..." ¡eso es!

Miró en derredor suyo, frotándose el mentón y, finalmente, encarcó las cejas señalando un rincón del establecimiento.

-¡Ese mismo! -exclamó, dirigiéndose al punto señalado y regresando cargado con un San Roque de algo más de medio metro de altura.

-Pero... ¿éste no es San Roque? -preguntó extrañado Cecilio.

-De momento sí -arguyó el calvo-. Lo tenía ahí apartado, porque el perro tiene roto el

rabito. "Porque Ramón Ramírez se lo ha cortado" -pensó, inevitablemente, el alcalde chepense, aunque se guardó de exteriorizar la chanza.

-Lo que quiero decir -continuó el tendero- es que todos los santos son iguales: sólo se diferencian por algunos atributos determinados: las vacas de Isidro, el aspa de Andrés, las llaves de Pedro...

-El perro de San Roque... -intervino Cecilio.

-Justamente. O sea, que si a Roque le quitamos el animalico... -dijo, acompañando sus palabras con la correspondiente acción- y le ponemos una mitra, ahora que sabemos que Federico fue obispo... ¡Ya está, aquí tiene usted su patrono!

El rebautizado santo parecía mirar al alcalde con ojos asombrados. Cecilio dudó unos instantes.

-Si me lo deja a buen precio... -argumentó, pensando para sus adentros que quizá fuera un tanto irreverente regatear por un santo.

-¡A la mitad, a la mitad! -afirmó el dependiente, con muy poco respeto por el "caché" del mártir- ¿No le digo que no sabía qué hacer con él?

El carpintero regidor accedió. Media hora más tarde subía al autobús de regreso a Cornales con la sacra figura envuelta en papel de estraza.

El espejo de tinta

El fragmento de hoy forma parte del relato que obtuvo el segundo premio del certamen Miguel Artigas, de Monreal del Campo, en el año 2017. La imagen que lo ilustra pertenece a un miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense.